

# NEW LEFT REVIEW 149

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2024

## ARTÍCULOS

ANTON JÄGER	Hiperpolítica, USA	7
PERRY ANDERSON	Fredric Jameson	21
FREDRIC JAMESON	<i>Agón: La Ilíada</i>	43
MARC ANDRÈ	Argelia en los archivos	109
EMILIE BICKERTON	El autor como forajido	129
JEREMY ADELMAN & PABLO PRYLUKA	Transiciones latinoamericanas	151

## CRÍTICA

EMMA FAJGENBAUM	El defensor del imperio	179
NIC JOHNSON	La sobreabundancia de riquezas	191

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



JEREMY ADELMAN Y PABLO PRYLUKA

## AMÉRICA LATINA: LA SIGUIENTE TRANSICIÓN

● QUÉ VA A suceder ahora en América Latina, si el largo momento neoliberal está llegando a su fin? A diferencia de anteriores etapas de realineamiento externo e interno, la actual no tiene una dirección clara. Estamos en un momento de radical incertidumbre, que cuenta con monstruos preparados para ocupar la escena mientras proclaman las virtudes de las medidas de mano dura y de las megaprisiones. Al mismo tiempo, diferentes tipos de gobiernos de izquierda ocupan el poder en algunas de las mayores economías de la región como sucede en Brasil, Chile, Colombia y México. En su clásico estudio *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto examinaron la transición cumplida de las economías de exportación de la era oligárquica de 1850-1930 a la nueva época de industrialización, orientada hacia el mercado interno, posterior a la Depresión de 1929<sup>1</sup>. En la década de 1980 se produciría otra transición, que corrió de la era de las dictaduras y el desarrollo industrial a la de la democracia electoral y el neoliberalismo.

Retrospectivamente, el giro de la década de 1980 tuvo claros puntos cardinales y líneas de orientación. Algunos fueron endógenos: el deseo de que los déspotas hicieran las maletas, el deseo de resistirse a la explotación de los recursos y de elevar los niveles de vida de la población. Otros llegaron desde el exterior, fundamentalmente por medio de la presión de los mercados mundiales. Pero hablando en términos generales, la restauración de la democracia y el regreso a la ortodoxia del mercado fueron de la mano, al margen de lo turbia que fuera la democracia o

---

<sup>1</sup> Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina: Una interpretación sociológica*, Ciudad de México, 1971; ed. ing.: *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley y Los Ángeles, 1979.

lo imperfectos que resultaran ser los mercados. Después de 1999 se produjo un giro más matizado: del Consenso de Washington a los gobiernos nacional-populistas de las «revoluciones bolivarianas» registradas en Venezuela, Brasil, Bolivia, Argentina y Ecuador, que trajeron importantes logros desde el punto de vista de la inclusión constitucional, la redistribución de la renta y la riqueza y la expansión de los bienes públicos. América Latina está ahora lejos de la transición asociada al final del dominio autoritario, pero el ciclo de las «revoluciones bolivarianas» de principios de la década de 2000 también ha finalizado. Los nuevos gobiernos de izquierda que han llegado al poder en Ciudad de México, Santiago, Brasilia y Bogotá afrontan situaciones muy diferentes a las de sus predecesores en la primera década del milenio.

El «momento neoliberal» acontecido tras la finalización de la Guerra Fría se ha agotado. Ningún sucesor evidente se muestra para sustituirlo. Podría decirse que ello es una buena noticia: no hay ningún guion capaz de hacer tragar a las gargantas latinoamericanas un nuevo Consenso de Washington. Pero este encerado más limpio también llega con graves limitaciones. La región afronta profundas incertidumbres sobre cuál será el motor del crecimiento económico en un momento en que la globalización evoluciona alejándose de las tradicionales cadenas de valor ligadas a las materias primas. Igualmente, América Latina se enfrenta a una transición demográfica sin precedentes y a nuevas y monstruosas formas de políticas de derecha alimentadas por la inseguridad. Al mismo tiempo, la ausencia de una ortodoxia, ya sea neoliberal o desarrollista, debería ampliar el abanico de alternativas estratégicas disponibles para la nueva ola de izquierda. Para clarificar la situación, puede resultar útil ubicar la actual coyuntura en la *longue durée* de los ciclos económico-políticos de América Latina.

### *Realineamientos regionales*

En *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Cardoso y Faletto perfilaron la relación existente entre la localización de la región en la economía mundial y el alineamiento de sus bloques dominantes, sosteniendo que las condiciones de dependencia configuraban la formación de las elites y de sus futuros aliados. Desde entonces, una escuela de las ciencias sociales latinoamericanas ha examinado los vínculos existentes entre los ciclos económicos y los sistemas políticos, debatiendo las relaciones imperantes entre las condiciones globales externas y las posibilidades

regionales internas. Nosotros seguimos esta tradición, aun reconociendo que nunca se verifica una relación automática y biunívoca entre los modelos de crecimiento económico y los regímenes políticos; en realidad, a medida que se produce el flujo y reflujo de las olas globales de integración, las coaliciones nacionales cambian y confluyen en respuesta a las corrientes de capital y mercancías.

Cardoso y Faletto, al analizar el primer momento neoliberal, esto es, la era de la *belle époque*, trazan una correlación entre las expansiones económicas impulsadas por las exportaciones, que ampliaron los mercados interiores, y el esfuerzo por experimentar con modelos diferentes de inclusión selectiva, que iban de las políticas de bienestar social democráticas en Uruguay a la maquinaria política paternalista vigente en el Brasil posterior a la emancipación de la esclavitud en 1888. La forma de la dependencia económica externa –y si en realidad esta amplió el ámbito de movilidad y autonomía social para las elites y las clases medias– creó el espacio para una estructura de oportunidad susceptible de generar regímenes excluyentes o inclusivos. Después de 1929, cuando la Gran Depresión socavó los pilares de las economías orientadas a la exportación en América Latina, las alianzas «burguesas» colapsaron y la región se cerró en sí misma. La industrialización de los mercados nacionales, junto con el empuje de la demanda estadounidense en tiempos de guerra, se combinaron con experimentos de inclusión popular, que fueron del obrerismo de Perón en Argentina a la reforma agraria en Guatemala o Perú, y suscitaron la expansión de las políticas de bienestar, la construcción de vivienda pública y la introducción de derechos sindicales.

A lo largo de la década de 1960 los gobiernos latinoamericanos recurrieron en gran medida a los mercados nacionales para impulsar el crecimiento económico, alineados con regímenes políticos que en su mayor parte eran más inclusivos que aquellos a los que habían sustituido. Había excepciones, especialmente entre los países más pequeños de América Central y el Caribe, donde los mercados nacionales eran demasiado pequeños, poco profundos y fracturados como para salir de su aislamiento y donde los intereses estadounidenses aseguraban que la extracción dominara sobre la inclusión. Pero incluso en ellos los intentos de crear mercados regionales comunes en la década de 1960 representaron esfuerzos en pro de la reducción de la dependencia de las exportaciones tradicionales de materias primas dirigidas a los mercados norteamericanos. En general, el triángulo formado por la

industrialización creciente, el consumo nacional y la inclusión popular proporcionaba las «patas» de un modelo, que se mantuvo durante la era desarrollista.

Cuando Cardoso y Faletto empezaron a reflexionar sobre estos largos ciclos a mediados de la década de 1960 el giro hacia el desarrollo nacional y la estrategia inclusiva estaba perdiendo impulso por mor de presiones tanto internas como externas. En vísperas de los levantamientos de 1968 —el Cordobazo en Argentina, la represión brutal en Brasil y la masacre de Tlatelolco en México— los dos sociólogos acababan su análisis con una pregunta: ¿podía el socialismo proporcionar las líneas maestras de un modelo, que sucediera al elitismo tecnocrático-desarrollista en la sociedad industrial de masas?<sup>2</sup>. La respuesta llegó con el despliegue de las dictaduras militares impuestas en Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia, Ecuador, Perú, Guatemala y Honduras, acompañadas por el autoritarismo asumido por el Partido Revolucionario Institucional mexicano. Este despliegue marcó el fin de un largo ciclo de profundas reformas, que supuso la ruptura con el modelo de desarrollo inclusivo nacionalmente orientado, pero también la posibilidad de que el socialismo pudiera ser algo más que los enclaves de Cuba y Nicaragua.

A la imposición de las dictaduras militares le siguieron décadas caracterizadas por la represión y la exclusión en gran parte de América del Sur, las guerras civiles en América Central y la lenta descomposición del sistema de pactos bipartidistas de los regímenes de Colombia y Venezuela. En la década de 1980 América Latina se encontró atrapada en un círculo vicioso. Los gobiernos latinoamericanos presos de dificultades derivadas de su endeudamiento en los mercados de eurodólares para enmascarar sus enormes dificultades presupuestarias y subvencionar el consumo, se toparon con el estallido de la burbuja crediticia cuando la Fed aumentó los tipos de interés para aplastar la inflación de la mano del llamado *shock* Volcker. El coste del endeudamiento se disparó. En 1982 la relación deuda externa/PIB en América Latina sobrepasó el 50 por 100 y los países latinoamericanos fueron incapaces de atender los pagos de los intereses de la deuda y mucho menos de amortizar el principal, mientras negociaciones interminables se limitaban a refinanciarla. Las transferencias netas de recursos fueron asombrosas: en 1987 el endeudamiento tocaba los 400 millardos de dólares y solamente el pago de

---

<sup>2</sup> F. Cardoso y E. Faletto, *Dependency and Development in Latin America*, cit., p. 213.

intereses de la deuda engullía la mayor parte de los recursos procedentes de las exportaciones de la región<sup>3</sup>.

Para enmarcar el análisis de Cardoso y Faletto hay que señalar que durante la década de 1980 los apóstoles de la «reforma estructural» y la agenda neoliberal de austeridad, privatización y desregulación, desdeñaban el modelo que se había implementado desde la década de 1940. Sostenían que dirigentes como Perón en Argentina y Getúlio Vargas en Brasil eran los responsables de que América Latina se hubiera alejado de su lugar natural en la economía mundial como exportadores de materias primas e importadores de capital. Armados con esta narrativa, estos apóstoles se lanzaron a realinear los mercados nacionales con el mercado mundial y a las elites locales con las elites transnacionales<sup>4</sup>. Una alternativa, como sucedió en la década de 1930, hubiera sido la suspensión de pagos y detener la sangría. Entonces, como ahora, hubo partidarios de esa suspensión<sup>5</sup>. Pero el poder asimétrico de un cártel bancario, blandiendo préstamos sindicados mediados por el FMI, y las certidumbres de una nueva ortodoxia mantuvo a los deudores con el agua al cuello, esperando desesperadamente que se reanudaran los flujos de capital. La década de 1980 asistió a la crisis económica más dramática verificada en la historia de la región; pocos países salieron indemnes.

### ¿Una nueva dependencia?

La reestructuración económica constituyó el telón de fondo de la restauración de la democracia parlamentaria en América Latina. La oleada de golpes militares que empezó en Brasil en 1964 llegó a su fin y, uno por uno, los regímenes marciales fueron cayendo. Entre 1980 y 1985, los gobiernos civiles asumieron el poder en Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay y Brasil. En diciembre de 1989, la marea democrática alcanzó a Chile de la mano de la derrota electoral de Pinochet a manos de Patricio Aylwin. Incluso un viejo *caudillo* como el paraguayo Stroessner fue

<sup>3</sup> Jeremy Adelman, «International Finance and Political Legitimacy: A Latin American View of the Global Shock of the 1970s», en Niall Ferguson *et al.* (eds.), *The Shock of the Global: The 1970s in Perspective*, Cambridge (MA), 2010.

<sup>4</sup> John Williamson, «The Strange History of the Washington Consensus», *Journal of Post-Keynesian Economics*, vol. 27, núm. 2, invierno de 2004-2005, pp. 195-206.

<sup>5</sup> Anatole Kaletsky, «When the Debtors Say No», *Financial Times*, 28 de diciembre de 1983; A. Kaletsky, *The Costs of Default*, Brookings Institution, Washington DC, 1983; Jerome Roos, *Why Not Default? The Political Economy of Sovereign Debt*, Princeton (NJ), 2019, esp. las partes II y III.

desalojado del palacio presidencial. Sin embargo, los nuevos gobiernos tuvieron que reconstruir los sistemas constitucionales y las funciones del Estado, mientras imponían políticas de austeridad e implementaban la consabida reestructuración económica. Los triunfalistas presentaban a América Latina como un escaparate de la afinidad natural de los mercados y las elecciones libres, recomblando en una nueva síntesis las dimensiones económica y política del liberalismo. De forma subyacente, sin embargo, la prolongada crisis económica garantizaba que América Latina exportara anualmente hasta el 6 por 100 de su PIB a los acreedores, se enfrentara a una situación hiperinflacionaria y cediera la autoridad pública a los caciques locales y a sus secuaces. En estas condiciones, como señaló el politólogo argentino Guillermo O'Donnell, la calidad del Estado de derecho –un pilar central del modelo liberal-democrático– quedó en entredicho y los gobiernos nacionales electos coexistían con sistemas subnacionales no democráticos en las que O'Donnell denominó «áreas marrones»<sup>6</sup>.

No obstante, en algunos aspectos, la nueva síntesis mercado-democracia representó un cambio en la suerte de América Latina. El aspecto más significativo fue que, después de quince años de presión financiera, el Departamento del Tesoro estadounidense instituyó un sistema de reprogramación y condonación de la deuda, que supuso un cierto alivio ante el constante drenaje de las economías nacionales para pagar a los acreedores extranjeros. Tras aceptar las consabidas provisiones por pérdidas para los bancos estadounidenses (empezando por Citibank en 1987), este sistema de reprogramación supuso la reducción del principal de los préstamos, reconociendo que el reembolso era imposible. Uno de los efectos colaterales del Plan Brady, bautizado con el nombre del secretario del Tesoro de Bush, fue la creación de un mercado líquido para los bonos latinoamericanos, inimaginable mientras América Latina fuera un paria para los acreedores. La inversión extranjera directa empezó a gotear de nuevo en la región –ahora rebautizada como «mercados emergentes» por un funcionario del Banco Mundial para desestigmatizar a los deudores– revirtiendo años de drenaje de los recursos de las economías latinoamericanas. Desde principios de la década de 1990 se dispararon los flujos de capital especulativo, que llevaron a algunos analistas influyentes a hablar del «problema de la afluencia de capital» en

---

<sup>6</sup> Guillermo O'Donnell, «The Quality of Democracy: Why the Rule of Law Matters», *Journal of Democracy*, vol. 15, núm. 4, 2004.

las economías latinoamericanas<sup>7</sup>. Cuando Robert Rubin, secretario del Tesoro de Clinton, subió de nuevo los tipos de interés en 1995, estos flujos retornaron al sistema financiero de los países ricos, dejando a los «mercados emergentes» de todo el mundo expuestos a las crisis monetarias y al endeudamiento denominado en dólares.

Después de la «década perdida» de 1980, seguida por el recorte del gasto y las privatizaciones que eran el *quid pro quo* del Plan Brady, muchos países latinoamericanos llegaron a finales de la década de 1990 inmersos en una profunda crisis social. Los índices de desempleo y pobreza se dispararon con la crisis económica de 1998-2002; los países andinos como Bolivia y Ecuador vieron como su crecimiento se contraía, lo cual exacerbó aún más las protestas de masas. De Caracas a La Paz y de Buenos Aires a Quito, las revueltas populares contra las políticas del Consenso de Washington propiciaron el surgimiento de una nueva generación de líderes radicales. En 1999 Hugo Chávez llegó al poder en Venezuela, seguido en 2003 por Lula en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina. En 2005 Tabaré Vázquez ocupó el poder en Uruguay, seguido en 2006 por Evo Morales en Bolivia, Manuel Zelaya en Honduras y Michelle Bachelet en Chile y en 2007 por Rafael Correa en Ecuador. Aunque estos gobiernos tenían diferencias, algunas importantes, compartían al menos una característica distintiva: un discurso económico nacional caracterizado por un fuerte componente social, que apelaba a menudo a un regreso a la herencia más inclusiva de la era desarrollista de 1945-1970.

El 4 de noviembre de 2005 Kirchner subió al escenario en la cuarta Cumbre de las Américas celebrada en la ciudad costera de Mar del Plata, a 450 kilómetros al sur de Buenos Aires. El gobierno de Bush pretendía aprobar un acuerdo de libre comercio para la región como una ampliación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Con las calles agitadas por manifestantes, que protestaban contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), así como contra la invasión

---

<sup>7</sup> «Para muchos analistas, este súbito cambio de la escasez de capital y la transferencia negativa de recursos a la sobreabundancia de capital extranjero, constituyó una sorpresa, que reflejaba el aumento de la especulación en los mercados internacionales. Para otros, el hecho de que solamente una docena de años después de una grave crisis estos países fueran capaces de acceder al mercado internacional, reflejaba el éxito de las reformas orientadas hacia el mercado. Argumentaban que, si el mercado estaba deseando recompensar a estos países con abundantes fondos, ello significaba que las reformas estaban dando fruto», Sebastián Edwards, Francisco Gil Díaz y Arminio Fraga, «Capital Flows to Latin America», en Martin Feldstein (ed.), *International Capital Flows*, NBER, Chicago (IL), 1999, p. 12.



estadounidense de Iraq, la atmósfera era tensa cuando Kirchner pronunció el discurso de apertura observado por un Bush que daba señales de disgusto. Kirchner habló sobre el impacto negativo del Consenso de Washington y animó a los demás dirigentes a que encontraran maneras alternativas de aumentar el bienestar popular en América Latina. El ALCA fue debidamente rechazado por Brasil, Argentina, Venezuela, Uruguay y Paraguay. En lugar del orden hemisférico forjado bajo el liderazgo de Estados Unidos, cogió fuerza una nueva ola de integración regional. Los intentos por fomentar relaciones multilaterales llevaron a Brasil a la red informal del grupo de los BRIC y a toda la región a emprender un nuevo diálogo con Rusia y, sobre todo, con China. Para muchos, la Cumbre de 2005 pareció marcar el comienzo de una nueva estrategia de desarrollo para América Latina, dirigida por unos gobiernos que los medios de habla española apodaron como las «revoluciones bolivarianas», mientras los medios de habla inglesa optaban por la denominación de *pink tide*<sup>8</sup>.

La sensación de haber cambiado su suerte se vio animada por la reactivación de los ingresos latinoamericanos derivados de su cesta de exportaciones, cambio que solo empezó realmente con el nuevo milenio<sup>9</sup>. Los ciclos anteriores habían estado alimentados por la expansión vigorosa de la demanda de materias primas registrada a finales del siglo XIX o por mercados nacionales estimulados por el Estado a partir de la década de 1940. La Gran Depresión latinoamericana de las décadas de 1980 y 1990 constató cómo los precios reales de las materias primas languidecían hasta el 37 por 100 del precio alcanzado, cuando estos países se habían endeudado durante la década de 1970. Su recuperación durante el periodo 2003-2013 estuvo estrechamente relacionada con la rápida industrialización de Asia oriental, que ayudó a impulsar un frenético, aunque breve, superciclo de las materias primas, que fue lo suficientemente poderoso como para restaurar la dependencia latinoamericana de estas, especialmente del petróleo, los minerales y los granos como la soja y el maíz. También se verificó, como señaló José Antonio Ocampo, una «reorientación hacia las materias primas» de las exportaciones de

---

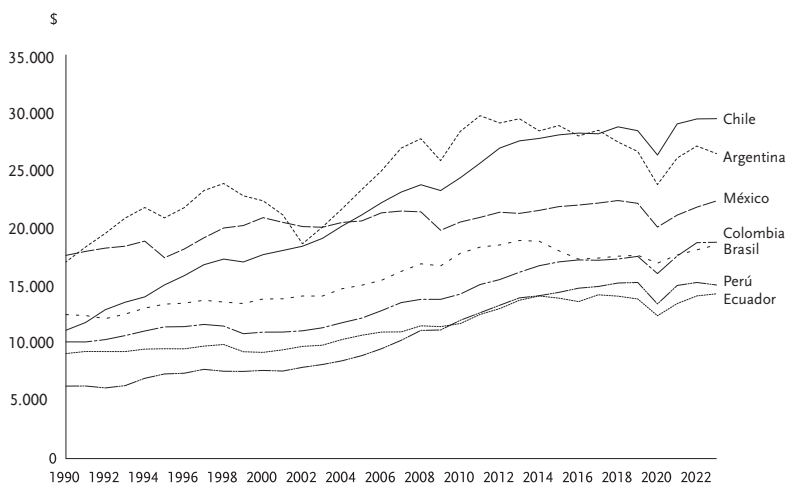
<sup>8</sup> «*They are not so much a red tide as a pink one*», informaba Larry Rohter, corresponsal de *The New York Times* en una de las primeras utilizaciones del término, «*With New Chief, Uruguay Veers Left, in a Latin Pattern*», *The New York Times*, 1 de marzo de 2005.

<sup>9</sup> José Antonio Ocampo y Mariángela Parra-Lancourt, «*The Terms of Trade for Commodities since the Mid-19th Century*», *Revista de Historia Económica/Journal of Iberian and Latin American Economic History*, vol. 28, núm. 1, 2010.

la región a medida que el aumento de los tipos de cambio ahogaba las exportaciones manufactureras y de servicios<sup>10</sup>.

Las tasas de crecimiento regionales fueron llamativas: el PIB per cápita en la Bolivia de Morales creció de los 6764 a los 8911 dólares entre 2006 y 2019; en Ecuador, bajo los sucesivos gobiernos de Correa, de 10.998 a 14.215 dólares entre 2007 y 2017; y en Brasil, bajo el mando Lula, de 14.103 a 18.355 dólares entre 2003 y 2011 (véase el gráfico 1). El vigoroso crecimiento de la exportación de las materias primas registrado durante el periodo 2003-2013 fue lo suficientemente potente como para hacer que esta década fuera una de las pocas en las que descendieron los índices de desigualdad de la región, aunque fuera brevemente (gráfico 2), ayudados por las nuevas políticas de bienestar social introducidas por los gobiernos de las «revoluciones bolivarianas». El aumento del crecimiento se tradujo en una expansión de la capacidad fiscal, que financió programas como la Bolsa Família de Brasil, dirigido a proteger a los trabajadores y trabajadoras informales, cuyo número había aumentado durante las décadas de vigencia del neoliberalismo. Los niveles regionales de pobreza descendieron significativamente (véase gráfico 3).

GRÁFICO I: PIB per cápita comparado, 1990-2023



Fuente: Banco Mundial; dólar a nivel de 2021.

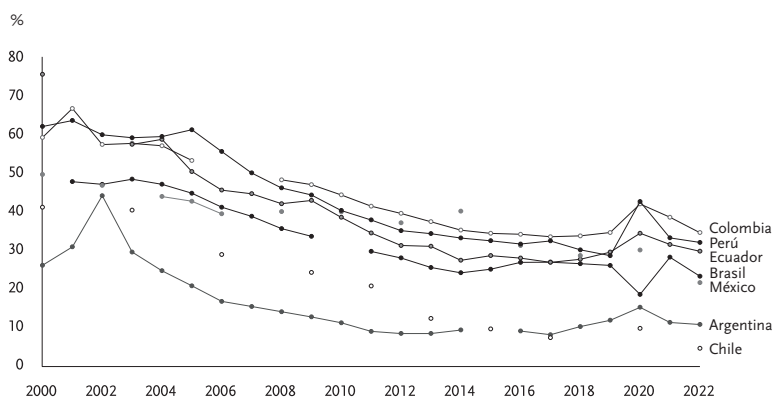
<sup>10</sup> José Antonio Ocampo, «Commodity-Led Development in Latin America», *International Development Policy*, núm. 9, 2017, p. 56.

GRÁFICO 2: Coeficiente de Gini, 2000-2022



Fuente: Banco Mundial

GRÁFICO 3: Porcentaje de la población viviendo con menos de 6,85 dólares diarios, 2000-2022

Fuente: Banco Mundial<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Los datos del Banco Mundial, incluyendo los de las siete mayores economías latinoamericanas, siguen la selección hecha aquí: Luis Bértola y José Antonio Ocampo, *The Economic Development of Latin America since Independence*, Oxford, 2012. En vez de los datos de Venezuela hemos incluido los de Ecuador debido a la falta de información actualizada de este primer país. En el caso de Argentina, debido a la elevada inflación, la pobreza de ingresos debería ser complementada por otras variables para obtener un panorama más preciso.

## *La política de la frustración*

En su momento cumbre, las «revoluciones bolivarianas» parecían estar llevando a la región hacia un virtuoso camino de crecimiento y desarrollo económico sostenido. El reconocimiento gubernamental de las históricas demandas de derechos para los pueblos indígenas –incluidas en la Constitución de 2009 del ahora Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario de Bolivia– señalaron un avance para poblaciones históricamente marginadas. El crecimiento de los movimientos feminista y LGTBQ en países como Argentina, México y Chile apuntaba hacia una ampliación gradual de las libertades civiles, que trajo el matrimonio entre personas del mismo sexo y, finalmente, la legalización del aborto. Pero, aunque hubo logros notables, todos los gobiernos de las «revoluciones bolivarianas» aceptaron mantenerse a flote de la mano del vigoroso crecimiento de las exportaciones sin buscar un nuevo modelo de desarrollo económico o abordar el desafío fiscal de sus enormes economías informales. El resultado fue una nueva estructura de dependencia. A medida que la economía china se ralentizaba en 2013-2014, la fiebre de las materias primas quedó interrumpida y los precios empezaron a caer. Para entonces estaba claro que la «marea» estaba retrocediendo. El crecimiento se estancó y los niveles de pobreza empezaron a ascender de nuevo (véanse los mencionados gráficos 2 y 3).

La gradual pérdida de ímpetu económico a partir de 2013 enfrentó a los gobiernos de las «revoluciones bolivarianas» con una serie de desafíos. Por un lado, la rápida expansión registrada ofreció un terreno fértil para los buscadores de rentas y la corrupción, notoriamente explotado con el enorme crecimiento de las infraestructuras de la mano de los contratos firmados con el Grupo Odebrecht, el gigante brasileño de la construcción, que sobornó masivamente a funcionarios gubernamentales de por lo menos diez países de la región. Por otro, millones de personas seguían viviendo con ingresos mínimos en condiciones de pobreza, mientras que incluso aquellos cuya calidad de vida había mejorado seguían careciendo de seguridad. A medida que el camino hacia la movilidad social ascendente se volvía nebuloso por la incertidumbre, los gobiernos de las «revoluciones bolivarianas» se vienen asediados por la frustración popular.

Uno de los resultados de esa frustración ha sido un vicioso ciclo de acelerada rotación política, que ha supuesto la expulsión de presidentes de

gobierno, el bloqueo de los poderes legislativos y una espiral descendente de confianza pública en las instituciones del Estado<sup>1</sup>. En Brasil, a medida que la economía flaqueaba al final del vigoroso crecimiento de la exportación de las materias primas a mediados de 2013, una escalada de los precios de los billetes de los autobuses en las principales ciudades desencadenó manifestaciones masivas en todo el país. Activistas de inspiración anarquista adaptaron las tácticas antiglobalización del «*black bloc*» contra el gobierno del PT presidido por Dilma Rousseff; los gobiernos regionales respondieron con una fuerza a menudo excesiva, lo que condujo al aumento de las manifestaciones contra la violencia policial. Millones de personas tomaron las calles de São Paulo para denunciar el coctel de austeridad, corrupción y policía. Los grupos de extrema derecha se unieron a la contienda y la poderosa derecha parlamentaria aprovechó el malestar y la agitación para sacar adelante el *impeachment* de Dilma. Tras haber mantenido la estabilidad desde la restauración de la democracia en 1985, Brasil se unió al club de la política turbulenta. En otros lugares, la frustración se transformó en rabia en 2019 y las protestas y la agitación estallaron en Chile, Ecuador, Perú, Honduras, Puerto Rico, Bolivia y Venezuela.

La política de la frustración en América Latina pasó así a definir la segunda mitad de la década de 2010. Las promesas incumplidas de las «revoluciones bolivarianas», que oscurecieron gradualmente sus logros, llevaron a que muchos se cuestionaran la totalidad del proyecto. Ya desde el principio, una coalición de la elite respaldada por los medios empresariales —una alianza de «liberales» ortodoxos, institucionalistas y conservadores, que detestaban el populismo de las «revoluciones bolivarianas»— se había opuesto a estos gobiernos. Ahora, la novedad radicaba en la creciente oposición de quienes, con diferentes niveles de identificación, habían votado y apoyado a estos gobiernos en el pasado. Los amplios márgenes de las victorias de la izquierda en Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador y Venezuela en 2010-2013 se evaporaron repentinamente<sup>2</sup>. Durante los años posteriores, el peronismo perdió las elecciones de 2015 frente a Mauricio Macri, Dilma apenas logró la reelección en 2014 antes de ser destituida, Nicolás Maduro venció por menos de un

---

<sup>1</sup> Daniela Campello y Cesar Zucco, *The Volatility Curse: Exogenous Shocks and Representation in Resource-Rich Democracies*, Cambridge, 2020.

<sup>2</sup> En Argentina, Cristina Kirchner obtuvo la reelección en 2011 con el 54 por 100 del voto popular. En Brasil, Dilma Rousseff obtuvo el 56 por 100 en la segunda ronda de las elecciones de 2010. En Bolivia, Morales obtuvo el 64 por 100 en 2010 y el 61 por 100 en 2014. En Ecuador, Correa fue reelegido con el 57 por 100 en 2013; Chávez ganó sus últimas elecciones en 2012 con el 55 por 100 de los votos.

punto porcentual en 2013 y, desde entonces se aferra al poder mediante el puro fraude. En Ecuador Lenín Moreno fue elegido en 2017, después de una segunda vuelta muy contestada, solo para cortar sus lazos con Correa, su mentor, y llevar al país a una caída política en picado. Morales consiguió mantenerse en el poder, pero solo obtuvo el 47 por 100 del voto popular en 2019 y un breve golpe le destituiría días después de su elección. Con el telón de fondo de este creciente descontento y con las alianzas de las «revoluciones bolivarianas» desechas, llegaron al poder personajes de la extrema derecha como Jair Bolsonaro, Javier Milei y Nayib Bukele, mientras que otros, como José Antonio Kast en Chile, se quedaron a las puertas. Entonces llegó la pandemia de la Covid-19, que devastó la región de modo incomparable<sup>3</sup>.

### *Puntos muertos estructurales*

A medida que se levanta el velo del medio siglo anterior, quedan claros algunos patrones subyacentes. El primero de ellos es que la idea de que la globalización puede remontarse retrospectivamente al ascenso de la ortodoxia neoliberal durante la década de 1970, que triunfó con Reagan y Thatcher, exige introducir ciertas salvedades. La realidad es que se produjo una dilatada discontinuidad entre la afirmación incontrovertible del fundamentalismo de mercado y la bonanza derivada del comercio y la financiarización asociadas con la globalización plena. En todo caso, la reestructuración industrial implementada en América Latina, así como en el Norte global, tuvo unos costes muy por encima de los beneficios generados por la misma. Los brotes verdes de un nuevo alineamiento solamente empezaron a aparecer a finales de la década de 1990 y en América Latina, como hemos visto, se marchitaron con las crisis de 1998-1999. Idénticamente, una vez que despegó el vigoroso proceso de aumento de la exportación de materias primas, nunca produjo los mismos efectos transformadores que tuvieron los anteriores modelos de crecimiento, impulsado por las exportaciones u orientado al mercado interior, que examinaron Cardoso y Faletto. La globalización hizo más por dismantelar las anteriores políticas económicas que por producir nuevos modelos integrados alternativos.

También hay excepciones. México ha sido un caso atípico, habiéndose beneficiado desde 2016 del impulso propinado por Estados Unidos de la

---

<sup>3</sup> CEPAL, *Social Panorama of Latin America and the Caribbean*, Santiago, 2023.

mano del acercamiento al país de las cadenas de suministros estadounidenses deslocalizadas en China; en cierta medida, lo mismo ha sucedido con Costa Rica, donde Intel ha ampliado su presencia en la fabricación de chips para desvincular su imperio del continente asiático. El comercio de metales claves destinados a los vehículos eléctricos y a la descarbonización ha progresado, como demuestran los casos del cobre en Perú o del litio en las regiones andinas de Argentina, Chile y Bolivia. Pero el asunto principal sigue en pie: la globalización trazó los contornos de una nueva dependencia, pero sin el *primum mobile* de las estructuras anteriores. Lo mismo se aplica a los flujos de capital. Desde principios de siglo, los tipos de interés del endeudamiento de la región finalmente se hundieron por debajo del umbral del 3 por 100, desencadenando la financiación mediante la emisión de bonos. Una enorme ola de inversiones inundó la región a principios de la década de 2010, cuando los flujos de las carteras de activos eclipsaron a la inversión directa en respuesta a los tipos de interés ultrabajos decretados tras la crisis financiera. Pero de nuevo la deuda no se convirtió en un pilar del crecimiento, como sucedió en algunos de los febriles ciclos anteriores como los registrados durante las décadas de 1920 o 1970. Actualmente, cuando los tipos de interés reales han escalado hasta tocar un nuevo equilibrio, los mercados de la deuda han perdido su lustre y las condiciones crediticias se han tornado más desfavorables<sup>4</sup>.

Redirigir hacia China la dependencia latinoamericana no ha hecho nada por resolver la ausencia de un motor de desarrollo. Se habla mucho de la «orientalización» de la región; alrededor de veinte países han firmado las iniciativas chinas ligadas a la Franja y la Ruta o se han unido al Banco Asiático de Inversión para las Infraestructuras. China se ha erigido como el primer socio comercial de nueve economías latinoamericanas; excluyendo a México, el comercio chino con la región alcanzó los 247 millardos de dólares en 2021, superando a Estados Unidos por un margen del 30 por 100. América Latina es una de las pocas regiones que registra un superávit en su balanza comercial con China. Sin embargo, recientemente ha habido señales de que este ciclo también está perdiendo fuelle. La demanda china de productos básicos ha estado cayendo desde 2018 y está cada vez más concentrada en un reducido número de sectores extractivos, especialmente ligados al litio y al molibdeno y a los productos del sector pesquero. Las exportaciones de carne y de productos como la soja también se han estancado.

---

<sup>4</sup> CELAC, *Capital Flows to Latin America and the Caribbean: 2022 Year-in-Review and Early 2023 Developments*, Santiago, 2023.

Perú es el ejemplo modélico de este nuevo alineamiento; una tercera parte de sus exportaciones van a parar a la República Popular China, pero casi el 90 por 100 de ese contingente está formado por una sola materia prima: el mineral de cobre, un producto sin duda lucrativo y estratégico, cuyo nivel de complejidad económica es, sin embargo, muy bajo<sup>5</sup>. La necesidad de una transformación geoestratégica de la región la plantean los analistas estadounidenses, profetas de un nuevo orden mundial, atravesado por la preocupación por «perder» América Latina ante su némesis asiática. Pero esto simplemente no se está produciendo<sup>6</sup>. Lo que puede decirse es que la «reorientación» ha producido una ampliación de los mercados de exportación latinoamericanos, haciendo que sean menos dependientes de los tradicionales mercados norteamericanos, al mismo tiempo que se redobra la dependencia de la región de los ingresos procedentes de una pequeña cesta de materias primas.

En una perspectiva de *longue durée*, el momento neoliberal abierto en la década de 1980 hizo que el crecimiento de América Latina dependiera de las condiciones internacionales del capital y las materias primas, ya que los mercados nacionales eran anémicos, quedando lejos la transformación prometida por sus defensores. Los repuntes de crecimiento han sido cualquier cosa menos predecibles o sostenidos; en términos internacionales, la región se quedó todavía más atrás. Durante los últimos cuarenta años, su tasa media de crecimiento anual ha sido la mitad de la registrada a escala mundial. El patrón se mantuvo después de la crisis financiera: mientras que el resto del mundo creció cerca del 4 por 100 en 2009, América Latina seguía cojeando con un crecimiento que se quedaba en la mitad, apenas por encima del crecimiento de la población. Cada una de las dos generaciones pasadas ha experimentado una «década perdida»; la célebre década de 1980 y ahora la de 2010, tras el vigoroso crecimiento de las exportaciones de materias primas, dieron paso a una prolongada resaca<sup>7</sup>. Durante los últimos treinta años, la distancia entre la mayoría de los países latinoamericanos y el club de los países ricos se ha ampliado. El PIB per cápita chino ha superado el de Colombia y Brasil en 2018 y está a punto de superar el de México (véase el gráfico 4).

---

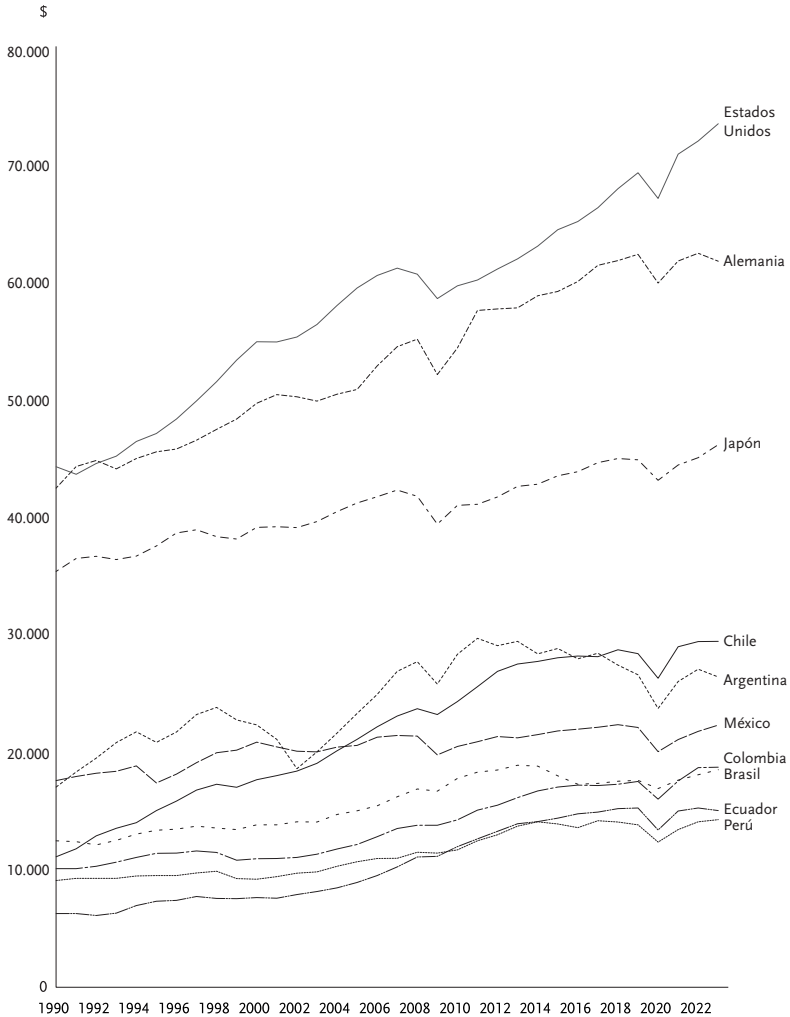
<sup>5</sup> Observatory of Economic Complexity, comparación bilateral Perú-China.

<sup>6</sup> Diana Roy, «China's Growing Influence in Latin America», Council on Foreign Relations, 15 de junio de 2023.

<sup>7</sup> Brian Winter, «Latin America's Decade-Long Hangover», *Americas Quarterly*, 9 de abril de 2019.



GRÁFICO 4: PIB per cápita comparado, 1990-2022



Fuente: Banco Mundial, valor del dólar de 2021.

Dos problemas estructurales, desatendidos por las políticas de las «revoluciones bolivarianas», contribuyen a explicar la debilidad subyacente de la región. El primero es la formación de una elite que no solo frustra los esfuerzos por reducir la desigualdad, sino que obstaculiza la innovación

y la productividad. Los sectores dinámicos tienden a estar dominados por grandes grupos privados, conglomerados controlados por familias que se benefician de los elevados índices de concentración del mercado y ejercen una enorme influencia sobre los contratos del sector público<sup>8</sup>. Se han adaptado a la volatilidad y a los incentivos externos, prefiriendo los activos fluidos antes que las inversiones fijas. Los organismos que se ocupan de la competencia son notoriamente inoperantes, el cumplimiento de las normas es débil y quienes toman las decisiones políticas son vulnerables a los grupos de presión, un eufemismo para explicitar el poder de los conglomerados, ejercido prácticamente sin restricción alguna, a la hora de conformar los diversos marcos reguladores. Por debajo de las conocidas familias de potentados hay montones de pequeñas empresas poco productivas. El 70 por 100 de los trabajadores latinoamericanos son autónomos o trabajan en empresas de diez o menos operarios y aproximadamente el 57 por 100 del sector no agrícola trabaja informalmente. Como señalaba un informe reciente del Banco Mundial, ello constituye la receta perfecta para contar con una productividad estancada: la cartelización en la cima de la pirámide y una competencia feroz en su base destruyen todo incentivo a la hora de adoptar nuevas tecnologías o invertir en capital humano<sup>9</sup>.

Durante la pasada década, la productividad se ha mantenido estancada (véase el gráfico 5). El crecimiento que se ha producido en la región ha dependido de suministros adicionales de trabajo y no debe nada al incremento de la productividad. Una comparación de la productividad laboral en Brasil y Corea durante el periodo 1950-2010 revelaba que los índices de crecimiento de la productividad se mantuvieron a la par hasta 1980, registrando desde entonces una marcada divergencia. La productividad laboral brasileña *declinó* con el inicio de las reformas neoliberales, mientras que la de Corea creció velozmente<sup>10</sup>. Las décadas acumuladas de retraso en la inversión en educación, la falta de apoyo empresarial a las

---

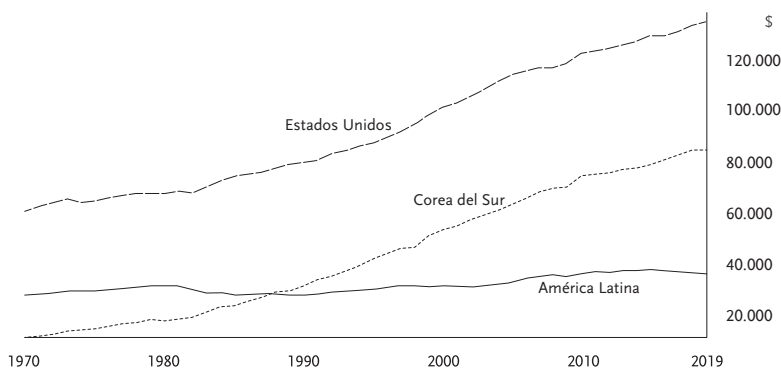
<sup>8</sup> Para estudios recientes de los casos de Chile, México y Perú, véase Laura García-Montoya y Pilar Manzi, «From Economic to Political Power: Economic Elites and Policymaking During Times of Crisis», *Journal of Politics in Latin America*, vol. 15, núm. 2, junio de 2023.

<sup>9</sup> «Share of Workers Informally Employed in Non-Agricultural Workplaces, 2022», *Our World in Data*, acceso 1 de agosto de 2024; William Maloney *et al.*, «Competition: The Missing Ingredient for Growth?», *Latin America and the Caribbean Economic Review*, Banco Mundial, Washington DC, abril de 2024.

<sup>10</sup> José Gabriel Palma, «Why Has Productivity Growth Stagnated in most Latin American Countries since the Neo-liberal Reforms?», *Cambridge Working Papers in Economics*, núm. 1030, julio de 2011, p. 11.

universidades y un débil apoyo a los servicios de mayor valor añadido en los sectores médico y farmacéutico, significaron que los patrimonios privados se acumulaban sin capacidad para producir riqueza autóctona. Así pues, la región se halla atrapada en una trampa de bajo crecimiento, baja productividad, mientras que las rachas del primero no producen efecto alguno más allá que su mera verificación, dado que son demasiado espasmódicas como para perturbar el equilibrio imperante.

GRÁFICO 5: PIB per cápita comparado, 1970-2019



Fuente: *Financial Times*, CELAC; el dólar a su cotización de 2019.

La trampa de bajo crecimiento y baja productividad está convergiendo con otro problema estructural: la amenazadora crisis en la reproducción social del trabajo en América Latina. El crecimiento de la fuerza de trabajo se está reduciendo a medida que los índices de natalidad caen y la emigración aumenta, entrecruzándose a su vez con mayores índices de dependencia. La demografía latinoamericana está empezando a parecerse a la de Europa o Asia oriental, pero sin contar con los amortiguadores de un PIB elevado o una creciente productividad. La demografía de América Latina pasó el punto de inflexión de la transición demográfica en 2016, cuando la tasa de natalidad cayó por debajo de los 2,1 hijos por mujer, cifra que resulta insuficiente para mantener la población, y que supone un descenso desde los 5,9 hijos por mujer registrados en 1960. En 2022, según los datos del Banco Mundial, había caído a 1,8 hijos por mujer, siendo ligeramente mayor en los países andinos entre los cuales Bolivia presenta una tasa del 2,6, Perú y Venezuela

del 2,2 y Ecuador del 2,0, y habiendo alcanzado el 1,6 en Brasil y el 1,5 en Chile<sup>11</sup>. Al mismo tiempo, los índices de esperanza de vida continúan aumentando lentamente. La tendencia es generalizada, pero la velocidad de la transición resulta sorprendente, los analistas han atribuido al crecimiento de los índices de participación de la mujer en la fuerza de trabajo, a las campañas de erradicación de la pobreza concentradas en la erradicación de los embarazos de adolescentes o a los efectos globales del bajo crecimiento y la dislocación de la juventud en las sociedades urbanizadas. El resultado está sobredeterminado: la población latinoamericana mayor de 65 años se duplicará en un periodo de veintiocho años, comparado con el periodo de cincuenta y ocho años que tardó en hacerlo en Estados Unidos<sup>12</sup>.

Al mismo tiempo, el flujo migratorio de la región está formado casi por completo por hombres y mujeres en edad laboral, acompañados de sus hijos. Los índices de emigración se han duplicado desde 1990 y así un total de 25 millones de latinoamericanos han marchado a América del Norte y otros 5 millones lo han hecho a Europa. También ha habido un constante goteo de llegadas, aunque mayormente se trata de una migración de paso, esto es, de personas procedentes de Asia y África en busca de rutas terrestres para llegar a Estados Unidos. La creciente migración interna ha estado alimentada principalmente por la huida de Venezuela: alrededor de 7,7 millones de personas han abandonado la República Bolivariana intentando establecer su hogar al otro lado de la frontera, principalmente en los países vecinos<sup>13</sup>. América Latina ya no es una región «joven». Está envejeciendo, rápidamente, e intensificando la presión sobre sistemas de pensiones insuficientemente financiados. El sistema de reparto convencional mediante el cual la población activa paga con sus cotizaciones las pensiones de la población laboralmente pasiva no está preparado para soportar la velocidad con la que se está produciendo la transición demográfica, mientras que las crecientes filas del sector informal prácticamente carecen de protección alguna. La demografía añade así una pesada rémora

---

<sup>11</sup> Los brasileños quedaron impresionados en 2023, cuando los censos mostraron que el país tenía solamente 203 millones de personas, no los 208 pronosticados por los estadísticos; los argentinos se enteraron de que en 2024 habría el 30 por 100 menos de niños menores de 4 años entrando en las guarderías que en 2020: Paul Constance, «Latin America's Fertility Decline Is Accelerating», *Americas Quarterly*, 4 de enero de 2024.

<sup>12</sup> «Plunging Fertility Rates Are Creating Problems for Latin America», *The Economist*, 18 de enero de 2024.

<sup>13</sup> Marie McAuliffe et al., *World Migration Report 2024*, International Organization for Migration, Ginebra, 2024.

social a unas economías todavía distorsionadas por su sometimiento a las oligarquías y al trabajo informal.

### *Manodurismo*

En este contexto la criminalización del único sector panregional que ha prosperado sin descabros —el de la cocaína— solamente añade presión sobre los Estados y las sociedades, ya que una parte no despreciable de la juventud queda atrapada en el tráfico de drogas, de armas, de vehículos robados, de personas y de dinero reciclado. Realmente, el enmarañamiento de todas estas redes comerciales clandestinas es lo que las hace tan boyantes y difíciles de controlar. Las exportaciones de cocaína se han duplicado desde 2013, las fronteras de la producción se han extendido desde las tierras interiores de Bolivia, Perú y Colombia, hasta Venezuela y América Central, donde valles fuera de control han acogido nuevas plantaciones. Una vez echan raíces, las plantaciones de coca han demostrado ser difíciles de erradicar. La expansión de las fronteras de la mercancía ha estado estrechamente vinculada con los flujos migratorios registrados en la región (venezolanos a Chile, colombianos a América Central), lo cual ha creado un mercado transnacional cada vez más integrado mantenido por tupidas redes de tráfico ilegal. Las rutas comerciales se han multiplicado, abriendo nuevos corredores a lo largo del Amazonas y el Río de la Plata, y se han vuelto más complejas y diversificadas, combinando y compartimentando el tráfico de drogas con el de otras mercancías exportables, muchas de ellas legales.

Los florecientes sindicatos comerciales-criminales han sido una característica tan representativa de la globalización como los mastodónticos barcos de contenedores, cuyo tamaño y volumen permite que los operadores camuflen los valiosos y cuidadosamente envueltos ladrillos de polvo andino entre bananas y muebles<sup>14</sup>. Las mismas infraestructuras y tecnologías que sostienen los mercados transnacionales legales también hacen posible los ilegales. El tráfico de cocaína está repositionando a América Latina en el seno de un mercado mundial en evolución, creando nuevos centros en proceso de expansión en Hong-Kong, Costa de Marfil y Turquía. El consumo europeo ha eclipsado a la demanda estadounidense; Amberes se ha convertido en el centro de las redes de

---

<sup>14</sup> «Drug-Trafficking Networks Are Expanding into New Territories», *The Economist*, 6 de julio de 2023.

camiones de los clanes balcánicos, del control de los muelles y del lavado de dinero.

Cuando en julio de 2024 el FBI arrestó en El Paso a «El Mayo» –el narcotraficante mexicano Ismael Zambada García– esperaba decapitar a un sindicato que introducía toneladas de fentanilo, metanfetamina, cocaína y heroína por la frontera estadounidense. El sindicato había utilizado túneles de largo recorrido, operaciones aéreas de descarga, blanqueadores de dinero chinos y envíos de productos químicos desde Tailandia, además de todo un archipiélago de laboratorios de fabricación de metanfetamina y fentanilo, creando corredores de libre comercio para el dinero sucio y los narcóticos, lo cual habían convertido el norte de México en una zona de guerra<sup>15</sup>. La captura de El Mayo se suponía que iba a eliminar al cerebro responsable de la violencia que sostenía el negocio, pero los imperios decapitados solamente se derrumban cuando ya están decrepitos y ello no es el caso en esta ocasión. Acabar con la dirección de los sindicatos criminales es como aplastar una bola de mercurio con un martillo: se dispersa en cientos de partes<sup>16</sup>. Eliminar al jefe solamente abre las oportunidades para que emerjan otros dirigentes capaces de ocupar su puesto, lo cual crea el correspondiente vacío para que estalle la consabida lucha sucesoria, por definición sangrienta, que arrastrará a las autoridades mexicanas y arrojará una sombra sobre el recién elegido gobierno de Claudia Sheinbaum.

Con la escalada del crimen organizado, los asediados gobiernos latinoamericanos han recurrido a la militarización de la lucha contra el comercio ilegal, estrategia que ha acarreado momentos espectaculares en los que los grupos ilegales han llegado a la confrontación directa con el Estado. Perú, Bolivia, Guatemala y El Salvador han abarrotado sus instalaciones carcelarias haciéndoles soportar el doble de su capacidad y convirtiendo por ende las prisiones en centros de reclutamiento para los cárteles del crimen, que se nutren de la categoría demográfica demandada por América Latina para que protagonice su crecimiento: mujeres y hombres jóvenes entre los 17 y los 34 años de edad, lo cual no hace sino agravar la crisis de reproducción de la fuerza de trabajo.

---

<sup>15</sup> Véase el vídeo del *Financial Times*, «Chinese Brokers Launder Hundreds of Millions for Global Crime Groups», *Financial Times*, 27 de junio de 2024.

<sup>16</sup> Consejo editorial, «Calderón, El Mencho, Beltrones... políticos, militares y narcos tiemblan con la detención del Mayo Zambada», *Proceso*, 25 de julio de 2024.

Sería difícil exagerar el pánico actual existente alrededor del crimen organizado. Uno de los resultados ha sido convertir las «áreas marrones» en las que el Estado de derecho es débil y cuyo deterioro se ha intensificado ulteriormente por la austeridad en una oportunidad para el ascenso de una nueva cohorte de hombres fuertes. El mejor ejemplo del modelo de mano dura es Nayib Bukele, presidente de El Salvador, quien declaró un estado de emergencia permanente en marzo de 2022. El *manodurismo* de Bukele ha significado detener a alrededor del 1,7 por 100 de la población del país, con diferencia la mayor tasa de encarcelamiento del planeta. Los índices de homicidios y delitos cayeron y la popularidad de Bukele se disparó. Lo mismo ha sucedido con las ficciones alrededor de su modelo. Después de oleadas de arrestos, un incalculable número de detenidos todavía tienen que ser acusados y presentados ante un tribunal. Las prisiones se han convertido así en masivos centros de reclutamiento para las bandas, que se encuentran con reservas cautivas de reclutas indefensos. Cuando llegue el día en que las megaprisiones descarguen a los miles de inocentes detenidos, saldrán libres tatuados gratis y dispuestos a incorporarse al negocio. La espantosa alternativa es convertir estos sitios en gigantescas cámaras donde desaparezcan los detenidos, convertirlos en cementerios vivientes protegidos por una retórica de indiferencia y olvido que cuenta con el apoyo oficial<sup>17</sup>. Aun así, Patricia Bulrich, la nueva ministra del Interior argentina, ha realizado una visita por la megaprisión salvadoreña de la planicie volcánica de Tecoluca –supuestamente la mayor del mundo con una capacidad para 40.000 internos aprisionados en literas de cuatro pisos, con suelos de rejillas metálicas que permiten 360 grados de vigilancia– y ha prometido importar el modelo. En Ecuador, Daniel Noboa ha prometido igualmente dar una respuesta al crimen similar a la de Bukele.

Hay un problema con el modelo de Bukele de «reducción de toda actividad por diseño». Las bandas salvadoreñas eran grupos dedicados a la extorsión, que crecieron a partir de las asociaciones pandilleras de Los Ángeles en la década de 1960, no teniendo nada que ver con las redes comerciales que conectaban Europa y Asia, surgidas en la década de 1990. Estas bandas han sido relativamente fáciles de contener, si bien pagando un elevado peaje humano. Por el contrario, las «bandas» ecuatorianas, Los Lobos y Los Choneros, están conectadas con grandes sindicatos albaneses y mexicanos; Ecuador representa actualmente el 60

---

<sup>17</sup> Graham Denyer Willis, *Keep the Bones Alive: Missing People and the Search for Life in Brazil*, Berkeley y Los Angeles (CA), 2022, pp. 7-9.

por 100 de los envíos de cocaína a Europa, principalmente vía Amberes. La fuerza de estas bandas se manifestó en enero de 2024, cuando dos grupos rivales coordinaron un levantamiento en todas las prisiones del país, que incluyó asaltos a universidades, hospitales y empresas y que culminó con la toma de los estudios de la cadena TC Televisión, que emitió en directo la toma de rehenes por parte de enmascarados armados de escopetas y cartuchos de dinamita, mientras los periodistas frente a las cámaras suplicaban que no los mataran.

Noboa, vástago de un conglomerado económico familiar llegado a la presidencia pocos meses antes, declaró el estado de emergencia. Nombró fiscal a César Suárez, encargado hasta entonces de investigar acusaciones de corrupción en el sistema de seguridad social de la policía. Las bandas respondieron inmediatamente secuestrando a policías y guardias de prisiones. Varios días después, Suárez, al que se le había negado protección policial, fue asesinado a tiros mientras conducía su coche para ir al trabajo en Guayaquil. No quedó claro si fueron las bandas o la policía quien le había asesinado. El terrible coste social de las operaciones antidroga en Colombia y México durante las décadas de 1990 y 2000, que acabaron en punto muerto, ofrece una importante lección sobre la guerra civil dirigida por las bandas: cuando los beligerantes tienen acceso a fuentes autónomas de ingresos, son mucho más difíciles de contener y derrotar; y mucho más cuando la búsqueda de rentas es ilegal y el propio negocio está en la clandestinidad. La informalización de la economía global facilita la informalización de la guerra<sup>18</sup>.

### *Tres caminos*

Retrospectivamente, las «revoluciones bolivarianas» en América Latina se quedaron lejos de cumplir lo que habían prometido: una senda más igualitaria y democrática para la región. Estuvieron demasiado supeditadas a un breve y vigoroso crecimiento de la demanda y del precio de las materias primas y no intentaron crear un modelo de crecimiento alternativo centrado en el aumento de la productividad del trabajo. Si estos regímenes, en su mayoría combatidos desde sus inicios por grupos mediáticos y elites adversas, disfrutaron del espacio necesario para haberse comportado de otro modo es una cuestión discutible. A pesar de algunas mejoras concretas en los niveles de vida, especialmente para los

---

<sup>18</sup> Mary Kaldor, *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, Stanford (CA), 2012, 3ª edición, pp. 107-113.



pobres, el agotamiento de la alta demanda de materias primas les hizo perder su capacidad de atracción. Ahora, enfrentadas tras la pandemia a constricciones fiscales y financieras más profundas, los países de la región se han dividido en tres grupos diferentes.

El primero podría denominarse el de las democracias rotas. Venezuela es un ejemplo evidente, especialmente después de las elecciones de 2024; durante la pasada década, millones de personas han votado abandonando el país. Mientras tanto, el gobierno de Ortega en Nicaragua ha impuesto la mano dura persiguiendo a oponentes con detenciones arbitrarias y manteniendo un estrecho control sobre los medios de comunicación locales. Bukele se hizo famoso como un joven y dinámico alcalde de San Salvador. Empezó su primer mandato presidencial en 2019 aplicando medidas severas contra las bandas, utilizando métodos tanto legales como ilegales. Desde ahí, amplió su control sobre el Estado salvadoreño silenciando a oponentes, obligando a periodistas críticos, como los de *El Faro*, a marchar al exilio y prodigando regalos entre sus partidarios, lo cual le permitió ganar la reelección en 2024 con el 85 por 100 de los votos. Estos regímenes conservan formalmente el mecanismo electoral, se apoyan en el erario público para recompensar a sus aliados y castigar a los críticos y organizan campañas de desinformación para justificar el amordazamiento de sus oponentes. La sostenibilidad de esta estrategia depende de los recursos económicos con los que cuenten; no está claro cuánto va a poder aguantar Maduro en Miraflores, cuando sus arcas estén vacías. Por otro lado, el historial de este modelo da muestras una notable resiliencia.

Estos regímenes también muestran las contradicciones de la política exterior estadounidense. Mientras Estados Unidos se presenta como el defensor de la democracia en su estancado pulso con Rusia, el gobierno de Biden –como el de Trump anteriormente– ha sido decididamente ambivalente, cuando se trata del hemisferio occidental. Sin un rival ideológico del tipo soviético y dada la penetración china centrada en la extracción de materias primas, Washington parece haber reducido sus intereses estratégicos a su propia frontera sur. De algún modo, esto concede más autonomía a América Latina al tiempo que reduce la fuerza que Estados Unidos podría aplicar en defensa de un alineamiento más democrático. Demasiada agitación regional tiene el peligro de agravar el flujo migratorio hacia el norte, de manera que la opción de promover «cambios de régimen» no carece de riesgos. La posición de Biden sobre

el *manodurismo* de Bukele ha sido el silencio. Ortega es objeto de represalias y mil cuatrocientos de sus compinches sufren restricciones para obtener visados, pero poco más. En las recientes elecciones venezolanas, el gobierno de Biden respaldó abiertamente a la oposición, pero dejó que fueran los disidentes locales los que maniobraran contra el régimen. El hecho es que estos déspotas elegidos, apoyándose en votaciones, acoso callejero y en fuerzas de seguridad especializadas, se hallan en una situación mucho más protegida de un posible golpe de Estado que los antiguos sistemas autoritarios.

El segundo grupo está formado por los países donde la democracia se ha descompuesto, pero la economía permanece boyante, dirigida por un tipo de neoliberalismo radical bajo el cual las instituciones públicas son esqueléticas pero el mercado prospera. Perú es el prototipo de este tipo de régimen. Su panorama político desde la década de 1980 ha estado definido por la inestabilidad, bajo el riesgo constante de un regreso del poderoso clan de Fujimori. En 2022 el independiente Pedro Castillo fue expulsado del gobierno por Dina Boluarte, que se convirtió en la sexta persona en ocupar la presidencia en siete años; las manifestaciones masivas organizadas contra su toma de posesión fueron reprimidas con un balance de más de cincuenta muertos. Ecuador, que soporta mayor presión económica, también pertenece a este grupo. Después de obtener la victoria en 2017, Lenín Moreno vio cómo se desplomaban sus índices de aprobación tras firmar un acuerdo de rescate con el FMI, que incluía la imposición severas condiciones macroeconómicas sobre la sociedad y la economía ecuatorianas. La escalada de las protestas, la represión, los asesinatos políticos y las acusaciones de corrupción, paralizaron el normal funcionamiento del gobierno y de la Administración pública ecuatoriana. Las elecciones de 2021 llevaron al poder a Guillermo Lasso, antiguo banquero, miembro del Opus Dei y ejecutivo de Coca-Cola, que ordenó el uso de fuego real para reprimir las protestas contra la subida de los precios de los productos alimenticios, lo cual puso en marcha diversas iniciativas para conseguir su destitución de la presidencia del país. Las elecciones anticipadas convocadas en octubre de 2023 auparon a Noboa al poder; como hemos indicado, el nuevo presidente se involucró en el enfrentamiento entre los grupos de narcotráfico y el Estado y ahora promete un estilo de gobierno similar al de Bukele, pero sin tener una maquinaria social o política que le apoye

Un tercer grupo, formado por Colombia, Chile, México y Brasil, ha constatado la renovación de los gobiernos de las «revoluciones bolivarianas»: en 2022, un antiguo dirigente estudiantil, Gabriel Boric, llegaba a la presidencia de Chile, mientras en Brasil, Bolsonaro era derrotado por Lula y Gustavo Petro se convertía en presidente de Colombia; en 2024, Claudia Sheinbaum sucedió a su compañero de Morena, Andrés Manuel López Obrador, como presidenta de México, obteniendo una victoria abrumadora<sup>19</sup>. ¿Hasta qué punto estos gobiernos podrán enfrentarse a los cambios estructurales mientras mantienen intactas sus coaliciones? La victoria de Lula frente a Bolsonaro se produjo por unos márgenes mínimos y ello tras un calamitoso mandato de cuatro años, que dejó tras de sí 700.000 muertes por la Covid-19 y el ecocidio en el Amazonas; Lula no puede dar por garantizados los pilares del PT, especialmente cuando el partido ha perdido netamente peso en el sur, la región más próspera del país; está por ver si la ascendente estrella de la izquierda, Guilherme Boulos se convertirá en su sucesor cuando Lula se retire, algo que es bastante previsible habida cuenta de su edad (78 años) y la clara necesidad de renovar la dirección de lo que ahora es un partido-movimiento establecido<sup>20</sup>.

En Chile, Boric quedó debilitado por la derrota en el referéndum de 2022 sobre la nueva Constitución, que debía sustituir a la aprobada por Pinochet. A pesar del apoyo popular a la reforma, la carta constitucional propuesta recibió los ataques de la derecha por ser demasiado radical; después de haber hecho de la política participativa una piedra angular de su programa, Boric tuvo que hacer frente al oprobio de los movimientos sociales, que habían surgido durante las protestas de 2019. Las cosas no han sido más fáciles para Petro en Colombia. Un paquete legislativo fundamental sobre la sanidad, la educación y la reforma laboral fue bloqueado o desvirtuado en el Congreso. En abril de 2023 Petro reorganizó su gabinete, prescindiendo de personajes como el economista del Partido Liberal José Antonio Ocampo, que se había incorporado al gobierno como ministro de Hacienda para tranquilizar a los mercados. Petro ha adoptado, no obstante, por una retórica más radical aun cuando su coalición se ha reducido. El nuevo gobierno de México afronta

---

<sup>19</sup> Para contar con el contexto adecuado, véase Camila Vergara, «La batalla por la Constitución chilena», *NLR* 135, julio-agosto de 2022; Forrest Hylton y Aaron Tauss, «Colombia en la encrucijada», *NLR* 137, noviembre-diciembre de 2022; André Singer, «El regreso de Lula», *NLR* 139, marzo-abril de 2023; Tony Wood, «México en estado de cambio», *NLR* 147, julio-agosto de 2024.

<sup>20</sup> Véase Guilherme Boulos, «La lucha de los sin techo», *NLR* 130, septiembre-octubre de 2021.

mejores perspectivas, dado que el país se beneficiará netamente del cambio geoestratégico decidido por Washington para acercar a la región la producción ahora realizada en Asia y dado el nerviosismo mostrado por el gobierno estadounidense ante la eventual inestabilidad en la frontera sur, que pueda avivar una gran oleada inmigratoria. Sheinbaum hereda un Estado con la suficiente capacidad y una economía con el suficiente dinamismo como para consolidar un nuevo orden en México. Sin embargo, domeñar la infraestructura de violencia creada alrededor del tráfico de drogas exigiría un grado de autonomía del Estado frente a los grupos económicos no visto desde la década de 1930.

La suerte de Argentina podría ser una advertencia para la marea neobolivariana. Durante una larga década el peronismo de izquierda sirvió como su emblema. Tras un breve interregno neoliberal con Mauricio Macri en la legislatura de 2015-2019, Alberto Fernández llevó de nuevo al peronismo al poder, pero, después de haber manejado la pandemia global con modestos pero sólidos resultados, en la medida en que el gobierno argentino logró defender el empleo y evitó una crisis sanitaria de la magnitud de las registradas en Perú y Brasil, la coalición de Fernández se rompió por la cuestión de cómo gestionar la deuda externa y el déficit presupuestario del país. Paralizado por conflictos internos, el gobierno no consiguió mantener la estabilidad macroeconómica y la inflación se disparó hasta el 200 por 100. Las elecciones de 2023 sorprendieron al gobierno de Fernández en una situación de postración. En el vacío subsiguiente, una coalición de derecha se enfrentó al agitador libertario y celebridad televisiva Javier Milei. La prolongada frustración popular ante la crisis económica argentina ayudó a que este accediera a la presidencia del país. Su desdén por la democracia es un secreto a voces, al igual que los fuertes lazos que ligan a su vicepresidenta Victoria Villarruel con los oficiales de la antigua dictadura militar. La desregulación económica y la pulverización de los salarios reales, que siguió a la devaluación del peso decretada en diciembre de 2023, sugieren que Milei quiere transformar la economía argentina siguiendo los pasos del «modelo peruano». Aunque es difícil predecir el camino que seguirá, el catastrófico final del mandato de Fernández y el fracaso a la hora de abordar la nueva estructura de dependencia, debería recordar a los gobiernos de la marea neobolivariana, que para crear una nueva alianza social resulta imprescindible contar con un modelo económico alternativo.

En todo caso, los mencionados gobiernos neobolivarianos afrontan un territorio inexplorado. La reorganización de la economía global posterior a 2008 supuso una efímera inyección de ingresos por exportaciones de materias primas, mientras ocultaba el comienzo de una transición demográfica y difuminaba la existencia de décadas de descenso de la productividad y constante dependencia financiera. El neoliberalismo hizo más por dismantelar la herencia de unas economías diversas pero integradas, que por crear otras nuevas y vibrantes. En muchos de estos países, las dos décadas pasadas se estudiarán como una oportunidad perdida para desarrollar una alternativa cuando había ingresos que invertir. Lo que queda tras ello es la frustración, la fatiga y la tentación de alcanzar soluciones desesperadas. El deterioro institucional y el hundimiento de la política tradicional han dividido a la región.

Sin embargo, a diferencia de anteriores coyunturas históricas, hay poco en la estructura de la economía mundial que determine los alineamientos internos de los países latinoamericanos. La región tiene cierto espacio para respirar. América Latina está lejos de los abrasadores conflictos que asolan Eurasia y cerca de Estados Unidos, que está dispuesto a traer a la región las instalaciones manufactureras que tiene en China, aunque con un debilitado apetito por un «destino manifiesto»<sup>21</sup>. La rivalidad entre Estados Unidos y China ofrece oportunidades de negociar a la región. La demanda de productos primarios puede generar ingresos por exportaciones, que podrían invertirse, aunque estén lejos de los niveles alcanzados en anteriores bonanzas de la actividad exportadora. ¿Compensarán estos factores externos los puntos muertos acarreados por una población que envejece y por una productividad que sigue rezagada? Petro, Boric, Lula y Sheinbaum necesitarán convencer a unos electorados hastiados y a unas coaliciones deterioradas de que es necesario un tipo diferente de «ajuste estructural». El dilema radica en que las rentas y el ahorro que podrían haber sido invertidos socialmente han sido absorbidos por unas elites enrocadas en sí mismas y esterilizados por la deuda externa. Si esta aguja –encontrar oportunidades de crecimiento que se traduzcan en inversiones sociales– no puede ser enhebrada, la fraternidad de los Mileis, Bukeles y Bolsonaros estará esperando al acecho.

---

<sup>21</sup> Brian Winter, «A (Relatively) Bullish Case for Latin America», *Americas Quarterly*, 17 de octubre de 2023.